

Buenas tardes a todos, convocados en esta casa que muchos sienten y hacen propia porque comparten desde la sangre o desde el espíritu un especial vínculo de pertenencia.

Con mucho gusto acepté compartir con ustedes unas breves palabras en esta feliz ocasión donde el embajador de Italia doctor Gianni Piccato conferirá a nuestro querido mons. Pedro Wolcan el reconocimiento de *Ufficiale della Ordine della Stella D'Italia*.

Hablaré –como me fue solicitado- sobre el Concilio tridentino, y espero poder transmitir la enorme importancia que Trento tiene para todos los católicos, y ojalá, de estas consideraciones podamos todos sumar a nuestro acervo personal nuevos motivos que ratifiquen e incrementen (si es posible) el cariño por esa tierra y lo que ella representa.

En las historias personales, hay lugares que son más que coordenadas en un mapa. Son espacios que concentran, evocan y proyectan un foco de sentido y de identidad. Pensemos en el significado que para cada uno de nosotros tienen los distintos lugares donde vivimos, o los espacios que fueron testigos de eventos determinantes en nuestra historia personal.

Estamos, por ser humanos, seres encarnados, históricos, vinculados de manera permanente con lo concreto, lo tangible, pero al mismo tiempo somos capaces de trascender, de ir más allá de lo material, capaces de descubrir sentidos ocultos a simple vista. Hay nombres de lugares que, con el tiempo ya no designan el sitio donde algo sucedió, sino que pasan a designar directamente lo que sucedió, y hasta lo que eso significó y significa hoy para nosotros.

Cada colectividad, cada comunidad religiosa o grupo político tiene sus lugares simbólicos donde puede rastrear su propia historia, y con ella su identidad y su destino.

Salsipuedes, Masoller, Purificación, Las Piedras, el puerto, la Agraciada, la Matriz, La Heroica, la Piedra alta son mucho más que un punto en el mapa. Son memoria, son sentido, son vergüenza o son orgullo, proyecto de patria y presencia permanente de lo más auténtico, de lo más originalmente nuestro, mojones en el camino que nos recuerdan y hacen presente nuestro sueño y nuestra herida.

En el camino histórico que recorre el Pueblo de Dios que es la Iglesia, existen también lugares emblemáticos. Y Trento es uno de ellos. Uno muy importante, sin dudas, no solo porque fue sede de un concilio ecuménico, sino por la relevancia que tuvo y tiene en la historia, especialmente para la Iglesia.

Corresponde comenzar diciendo una palabra sobre lo que es un concilio. Hasta la década del 60, concilio y sínodo tenían sentidos equivalentes. El Papa Pablo VI dio entonces a la palabra “sínodo” otro significado. Pero en la antigüedad son casi intercambiables sínodo (del griego *synodus*) y concilio (del latín *concilium*) La etimología de *synodus* tiene a la base dos palabras: la partícula SYN que significa “juntos” y *odos* que significa “camino” o “viaje”. Ambas palabras entonces refieren a una asamblea de aquellos que viajan juntos, a los que hacen o descubren un camino en común.

Explicar el sentido de lo que es un concilio, implica adentrarse en el misterio de la Iglesia misma. Porque los concilios en la historia de la Iglesia son una de esas piezas fundamentales que ayudan a comprender su sentido y su identidad.

Encontramos, de hecho, en las páginas de la Sagrada Escritura, más precisamente en el libro de los Hechos de los apóstoles, (justo a continuación de los 4 evangelios, en el nuevo testamento), más precisamente en el capítulo 15 el relato de lo que podría considerarse el primer concilio de la historia, que tiene lugar en Jerusalén, y que marca un modo de proceder en la Iglesia de Cristo, y también un modo de comprender la Iglesia.

Se estaban dando los primeros pasos en la historia de la Iglesia y comienzan a suscitarse dificultades, o situaciones inéditas hasta ese momento; preguntas para las cuales no parecía haber una respuesta explícita entre las palabras de Jesús.

¿Quién sería el encargado de definir dónde estaba el camino correcto? ¿Sería acaso Pedro, a quien Jesús puso al frente de los doce apóstoles? ¿Serían las mayorías las encargadas de resolverlo y tendrían entonces que someter el tema a votación? ¿Esperarían acaso alguna intervención directa de Dios que baje a poner orden?

Podía pasar que la mayoría estuviera equivocada... Podía pasar que el que encabeza la comunidad tampoco contara con todas las respuestas...

Los apóstoles se reúnen en Jerusalén, dialogan, argumentan, discuten, (dice el texto bíblico que se formó, no una cálida sino, una acalorada discusión) escuchan el testimonio de los involucrados y también las voces de los representantes de la secta de los fariseos, y en un clima de oración con la ayuda del Espíritu Santo (ayuda que, por otra parte, Jesús anunció, prometió y derramó con abundancia) disciernen dónde está la verdad. Esta reunión de apóstoles en Jerusalén, que consideraba la situación de la entrada a la Iglesia de los paganos marcó para siempre cuál es el modo correcto de enfrentar las crisis en la Iglesia, según el evangelio.

Desde entonces, y hasta el día de hoy se han celebrado una veintena de concilios ecuménicos, (si me permiten un nuevo recurso a la etimología, *ecuménico* viene del griego *oikos* = *casas*, es decir “de donde hay casas” y por lo tanto “relacionado con todo el mundo habitado”. Aplicado a los primeros concilios se refiere a la asamblea de gente de todas las regiones habitadas del Imperio romano, pues se consideraba entonces como la totalidad del mundo habitado o civilizado)

De estos concilios algunos son más relevantes que otros, pero en todos los casos honran la huella marcada por esa rica tradición de búsqueda honesta de la verdad en comunidad. Así y solo así se puede entender que en concilios donde la aplastante mayoría respondía en la previa a una determinada postura se culminara concluyendo que el camino correcto iba por otro lado diametralmente opuesto; todo esto ante la sorpresa de historiadores y politólogos y empresas consultoras (que no existían aún, pero que habrían hecho el ridículo, no por falta de recursos, sino por no considerar la acción del Espíritu Santo): Los concilios han sido eventos donde los cristianos han reconocido una especial asistencia del Espíritu Santo que guía a la Iglesia formada por hombres y mujeres pecadores, pero que tiene como cabeza al mismo Cristo y al Espíritu Santo, como si fuera el alma de su cuerpo.

En los concilios hubo, por lo general, dos grandes grupos de preocupaciones: doctrinales -es decir, aquellas que tocan al contenido y la formulación de la fe-, y disciplinares -que apuntan al orden y corrección de vida de las personas que formamos parte de la iglesia.

En el concilio de Trento ambas preocupaciones estaban fuertemente presentes. Había aspectos de la doctrina que era necesario aclarar, y aspectos disciplinarios que era necesario corregir.

Por un lado los aspectos **disciplinarios** ocupaban de manera especial el corazón del emperador Carlos V, que veía en el desorden de la Iglesia un factor de preocupación para todo su imperio. Para comprender la lógica de esto es preciso zambullirse en lo que significaba entonces la superposición de competencias entre Iglesia y Estado, y cómo, fruto de esta simbiosis y mutua injerencia, los destinos de la Iglesia y el imperio impactaban recíprocamente. Una Iglesia bien encauzada era un factor positivo para todo el imperio. Una Iglesia que desconocía su misión y descuidaba la santidad, era un factor de decadencia no sólo para sí misma, sino para toda la sociedad que dependía en gran medida de la “salud” de la Iglesia para salir adelante con sus propósitos.

Acá surge para nosotros un nuevo problema: Nuestro actual modo de comprender estas realidades marcada por la secularización es un obstáculo para comprender esto, porque para nosotros,

gracias a Dios, y gracias también a la concepción que la misma Iglesia tiene de las realidades del mundo, una cosa es la Iglesia, su devenir, sus logros y fracasos, y otra cosa es la vida de la sociedad: su modo de regirse, de organizarse: su vida, en la que esa Iglesia participa como un actor más. Defendemos, reclamamos y promovemos una justa independencia de las realidades temporales. Lógicamente que existe interacción y todo tipo de vínculos y colaboración mutua entre Iglesia y Estado, de manera equivalente a lo que sucede con otros actores de la sociedad civil que intervienen y afectan a la sociedad toda. Pero no quiere decir que una dependa de la otra.

Bien. En el medioevo eso no había sido así. Y en los albores de la época moderna tampoco. Ese es nuestro modo de pensar (2019) y ojalá sigamos avanzando como sociedad en la conciencia de lo que implica la laicidad para la convivencia y respeto mutuo de los ámbitos de acción de cada uno, y para garantizar la libertad religiosa que está a la base de todas las demás libertades.

Metidos entonces en aquel modo de concebir el poder político y religioso donde uno y otro van estrechamente de la mano, no nos sorprendería enterarnos que un concilio fuese convocado por un emperador (como sucedió alguna vez) ya que tenía entre sus atribuciones y obligaciones específicas la de velar por la salud y crecimiento de la Iglesia. No fue el caso de Trento, convocado por el Papa del momento, pero sí fue su principal impulsor, quien lo solicitó con mayor interés.

Se trató de un concilio largamente esperado pero también en cierto modo temido y evitado. Es que en algunos sectores de la Iglesia había surgido muchos años atrás la idea errónea según la cual el concilio constituía una instancia superior a la autoridad del Papa. Esta postura llamada “conciliarismo” se trataba de una exageración extraña por otra parte a la praxis de la Iglesia. Algunos temían que al convocar un nuevo concilio reviviera el fantasma del conciliarismo y quizás este temor hizo que se retrasara su realización.

El contexto político y religioso estaba marcado por el cisma de occidente, la división acontecida en la Iglesia a partir de la llamada reforma protestante, encabezada por Martín Lutero. Aquí tenemos entonces la **preocupación doctrinal**. La reforma luterana pone en cuestión algunas de las verdades de fe defendidas desde principio por la Iglesia, y no es posible seguir adelante con la vida negando esta fractura que se ha puesto en evidencia.

Esta reforma impactó primera y directamente en Alemania, pero luego se extendió rápidamente por Europa. Hablar de contexto religioso y político y aclarar religioso “y” político es para nosotros hoy una puntualización necesaria, pero en aquel contexto sería una obviedad. Aquella manera de concebir el lugar de la religión no había alcanzado aún el desarrollo que logró la humanidad con el correr de los siglos.

La preocupación doctrinal, centrada sobre todo en las doctrinas expuestas por Martín Lutero, es la que lleva la prioridad en la intención del Papa del momento.

Ambas inquietudes, lo **doctrinal** y lo **disciplinar** serán entonces el objeto de discusión y discernimiento en nuestro concilio.

Estos dos grupos de temas marcarán no solo el tono de las discusiones, su temperatura sino incluso el lugar donde se desarrolle el concilio.

Lo lógico para unos (particularmente para el Papa) era que el concilio se celebrara en Roma, pero eso “flecharía demasiado la cancha” y le quitaría al concilio las garantías de imparcialidad. Tampoco, por el mismo motivo, podría celebrarse en territorio luterano.

Surge entonces la idea de que la sede fuera Trento, que por un lado no era parte de los estados pontificios, pero tampoco estaba en el corazón de Alemania. Era propiedad del emperador de origen austríaco, y al mismo tiempo no era Roma, aunque no quedara desmesuradamente lejos. En aquel entonces la correspondencia entre Roma y Trento demoraba 6 días.

Cuando se convoca a un concilio se marca la fecha de comienzo pero no es posible saber cuándo va a terminar. La gente de Trento se preguntaba ¿cuándo va a terminar? Lo mismo sucede hoy, más precisamente en esta sala, donde también la gente se pregunta ¿cuándo va a terminar?

El concilio de Trento no duró unos pocos días, ni unos pocos años, sino ¡18 años!

Al comienzo era Papa Pablo III que fue quien lo convocó. Después de su muerte asumió el Papa Julio III; luego, Marcelo II (que duró apenas 22 días); más tarde, lo sucedió Pablo IV y finalmente Pio IV que concluyó el concilio en 1563. Es decir: el concilio no fue obra de un iluminado, sino una labor de la Iglesia y sobre todo de Dios a través de sus ministros.

Trento se desarrolló en tres etapas y las interrupciones fueron, entre la primera y segunda fase de más de 3 años y entre la segunda y la tercera más de 10.

Tanto tiempo demoró la reanudación que antes de comenzar la tercera fase se discutió si ese sería siendo el concilio de Trento, o debería considerarse ya el Concilio de Trento II°

Según cuenta la crónica, la ciudad de Trento carecía entonces de una estructura adecuada: no poseía, por ejemplo la magnífica Universidad con la que cuenta hoy. Y en cuanto a los servicios disponibles, resultaban escasos. Además, los participantes del concilio supieron que al conocerse la noticia de la realización de este sínodo los locatarios habían aumentado los alquileres y los precios de los víveres.

Era frecuente, que los obispos participantes se escaparan a pasear a Venezia, de donde era difícil hacerlos volver. De hecho, tras la muerte de uno de los padres conciliares, se corrió la voz de que se trataba de una peste para presionar el traslado del concilio a Bologna. La mayoría, una vez más estaba de acuerdo, pero el emperador, enterado de la noticia obligó a todos a permanecer en Trento. Allí es donde debía realizarse el concilio. Punto.

La participación en las sesiones varió desde un par de docenas de obispos en la primera, hasta más de 200 obispos en la última etapa. (Se estima que la cantidad de obispos en todo el mundo en ese momento ascendía a 700. Es decir, las últimas sesiones reunieron una muy buena proporción del episcopado)

La intención inicial era reconstruir la unidad perdida entre católicos y protestantes, zanjar diferencias, y dejar de lado el cisma de Lutero. De hecho fueron convocados delegados de los protestantes, y hasta se les ofreció un salvoconducto que les garantizaba la seguridad y la libertad para opinar. Algunos aceptaron pero querían que (como habían llegado tarde) el concilio comenzara de cero de nuevo. Unos pocos participaron pero en temas menores. No se logró ese objetivo.

Querían escucharlos, aunque lógicamente no se les permitiría el voto ya que se encontraban excomulgados. Esa apertura, igualmente es digna de ser destacada porque manifiesta una auténtica voluntad ecuménica para la época.

La participación protestante –hay que decirlo- no llegó a ser relevante en la práctica, y el tono del concilio fue progresivamente de más confrontación.

De hecho una de las interrupciones del concilio fue debida a la alerta provocada por el avance de un ejército protestante que ponía en riesgo la seguridad de la ciudad.

No fue la única vez que un ejército interrumpió un concilio. También en el siglo XIX el concilio Vaticano I se suspendió abruptamente con la entrada de las tropas de Vittorio Emmanuele II.

¿Qué nos dejó el Concilio de Trento?

Lo primero a destacar es que el concilio marcó un punto importantísimo en la vida y la fe de la Iglesia. La enseñanza doctrinal de Trento significa hasta hoy una referencia obligada para toda la Iglesia. Su aporte fue sustancial en la comprensión del lugar primordial de la Sagradas Escrituras en la vida de la Iglesia, ratificando una vez más la lista de los libros que la integran, y recordando su justa interpretación a la luz de la tradición más auténtica.

Se detuvo con mucha profundidad en aspectos teológicos de gran relevancia que habían sido motivo de fractura con el mundo protestante, como la salvación (nada menos) y más precisamente cómo es que accedemos a ella, qué rol juega el hombre en eso, cómo es que Dios toca el alma del pecador y la convierte. Donde está la libertad del hombre y cómo se da esa acción salvadora de Jesús en lo concreto de nuestras vidas.

Trento puso orden en el clero; entre los obispos, a quienes los obligó a residir en sus diócesis (que son las porciones en las que se divide el Pueblo Dios, vinculadas a un territorio; por ejemplo, en Uruguay tenemos 10 diócesis: la más extensa, la diócesis de Salto, la más poblada la arquidiócesis de Montevideo). También los obligaba (y los sigue obligando, porque Trento no ha sido abolido) a realizar las visitas de las diferentes comunidades que las forman; es decir, este concilio delineó un perfil de obispo pastor de su pueblo, un obispo que recorriera y conociera la realidad, y cuidara a su rebaño.

El concilio puso orden también entre los sacerdotes, obligando a los párrocos a no ausentarse de sus parroquias, a predicar la Palabra de Dios cada domingo, y a gastarse la vida por el Pueblo de Dios que se le confía a su cuidado. Y en este “gastarse la vida” permanecía la opción por ordenar sacerdotes sólo a aquellos hombres que hubieran descubierto que nacieron para ser célibes. Trento abogó por sacerdotes con dedicación plena y corazón indiviso.

Promovió también la creación de los seminarios, es decir, colegios donde se forman los futuros sacerdotes, para que llegaran a la ordenación, mejor preparados, más lúcidos, más santos.

Impulsó además la formación de todos los cristianos, en especial de los laicos a través de la publicación de un catecismo que vio la luz muchos años después porque tras el concilio se siguió trabajando en la aplicación de sus orientaciones. Este catecismo conoció su sucesor recién en el año 1992, con el Catecismo de la Iglesia Católica promulgado por San Juan Pablo II. Es decir, el influjo de Trento sobre la acción pastoral fue fecundo y sostenido.

Trento no fue la reforma de la Iglesia católica, sino un mojón importante de ese camino de reforma que no comenzó con él (sobre todo en España se venía avanzando en reformas importantes varios años antes) y tampoco terminó con él, en parte porque no termina nunca. La Iglesia está de reforma permanente, porque permanentemente debemos hacer el esfuerzo de escuchar a Dios en su Palabra, discernir los signos de los tiempos, y tratar de descubrir qué nos pide Dios en cada momento de la historia. Toda reforma en definitiva es volver a la fuente: esto es ser tradicional. El tradicionalismo es algo muy distinto: es conservar las formas, aunque se vacíen de su contenido.

En aquel contexto este concilio supuso poner de pie nuevamente a la cristiandad.

Trento por último, pero no por eso menos importante, es, hasta el día de hoy una referencia obligatoria cuando queremos comprender el sentido de cada uno de los 7 sacramentos: bautismo, confirmación, eucaristía, reconciliación, unción de los enfermos, matrimonio y orden sagrado.

Muchos otros aspectos quedaron en el tintero en esta tarde.

Trento es para nosotros una ventana que nos permite asomarnos a un determinado contexto histórico, a un punto neurálgico de la vida de la Iglesia. Y por eso es también una ventana que nos pone en comunicación con la esa realidad tan compleja que es la Iglesia. Esa iglesia que es Pueblo de Dios, convocado por Dios Padre en la fe, sostenido por el Espíritu Santo, encabezado por

el mismo Cristo, pero al mismo tiempo formado por personas frágiles, limitadas, personas pecadoras como el que habla, hijos todos de nuestra época, de la época que nos tocó vivir; personas marcadas por miserias a las que se les hace difícil escapar de los prejuicios que nos acunaron de chiquitos, pero que son portadoras, al mismo tiempo y sin mérito propio, de un montón de valores aprendidos de sus mayores.

Esta iglesia que es santa por su origen y destino, santa porque no se sostendría en pie si no fuera por el Espíritu Santo que la anima y mantiene unida, es pecadora en sus miembros y sabe por propia experiencia, y porque su único Maestro se lo ha enseñado, que deberá una y otra vez dejarse corregir por su Dios y creador, dejarse cuestionar por las voces propias y ajenas, y buscar en la Palabra de Dios las huellas de su fundador y su presencia viva entre nosotros. Volver a la fuente es volver a Jesús y Trento fue en su momento eso. Y cada concilio buscó y buscará eso mismo.

Monseñor Pedro, como obispo (esto es como sucesor de los apóstoles) y como descendiente trentino no puede excusarse de este mandato que resonó con fuerza hace más de 400 años cerca de los Alpes; le pedimos al Señor que siempre pueda honrar la memoria de sus mayores y hacer vida hoy aquellas orientaciones fundamentales de aquel concilio que estuvimos recordando en estos pasados minutos.

Que el Dios que lo llamó a esta vocación tan especial nos regale a través de su ministerio muchos frutos de diálogo y reconciliación, un pastor que camine con todos, que conozca y quiera a sus ovejas y que a ejemplo del Maestro, en definitiva dé la vida por ellas. Muchas gracias a todos por su amable atención. Que Dios los bendiga.